

CAPÍTULO III

EL GOBIERNO POPULAR DE BELZU

1 LAS MASAS SE INCORPORAN A LA POLÍTICA

Fue necesaria la presencia del zahorí Alberto Gutiérrez (21) en el campo de la crítica histórica, para dejar sentado que el advenimiento de Manuel Isidoro Belzu al poder importó nada menos que la iniciación de una nueva era en la vida nacional. "Sin embargo -dice-, este acto de guerra (la batalla de Yamparuez, el 6 de diciembre de 1848) puso término a una era histórica para abrir otra nueva en la existencia nacional". Esa actitud constituye una verdadera contribución al conocimiento de las luchas sociales en Bolivia, porque para muchos ciegos y entre ellos debe incluirse a Alcibiades Guzmán (22), se trataba de un otro cuartelazo más: "siendo así y como hemos visto que no es más que una repetición de otros actos semejantes", cuyo resultado fue quitar a un presidente para poner a otro en su lugar, utilizando como método las defecciones militares, los tumultos de pueblos, "con su aditamento de actas, encuentros parciales o decisivos..."

Esta nueva era de la política boliviana está marcada por la autoritaria y violenta irrupción de las masas (formadas por artesanos y campesinos) en el escenario político, de manera que imprime algunas de sus características al gobierno popular. La actitud plebeya tuvo, como consecuencia inmediata, la virtud de concentrar en un solo polo a los elementos aristocratizantes. Con el advenimiento de Belzu a la Presidencia -dice Gutiérrez-, y con el concurso que éste solicitó a las masas populares para convertirlas en factor político, que consolidara los elementos militares que tenía a su servicio, hubo de producirse la reorganización de un partido opuesto. "formado con los elementos más educados y conscientes de la sociedad coetánea, que sostuviera con la propaganda y con la fuerza la causa del legalismo constitucional".

Como sus antecesores en la Presidencia, Belzu se vio obligado a combatir a sus enemigos que diariamente se alzaban en armas y a recurrir a métodos dictatoriales de Gobierno. Sin embargo, es diferente a los regímenes anteriores porque ejerce el poder directamente apoyado por las masas y porque las medidas encaminadas a la cancelación de las garantías democráticas (constitucionales) perjudican exclusivamente a los sectores aristocratizantes y a los dueños de latifundios. Los artesanos y campesinos conocen, por primera vez, los beneficios de la democracia, son halagados y se sienten capaces de definir el curso de los acontecimientos. Se trata de una verdadera insurgencia plebeya. En esto radica la novedad y la importancia del belcismo como fenómeno político.

Belzu, al finalizar su mandato, tiene plena conciencia de lo que ha ocurrido en el país. Su mensaje leído ante el Congreso de 1855 tiene alrededor de cinco mil palabras y más de seiscientas están dedicadas a señalar la nueva fuerza social a la que él ha ayudado a ponerse en pie (23).

Consciente de la importancia histórica de su conducta, se abandona al juicio de la posteridad y confía que, siendo más justa que sus adversarios, sabrá apreciar en su verdadero valor a las tendencias revolucionarias que, a través de tantas vicisitudes, supo desarrollar su administración, "de acuerdo -dice- con el espíritu nivelador y democrático del siglo".

Lo que sigue resume el orgullo desafiante:

"Bajo mis auspicios se han presentado en la escena política nuevos elementos de orden y conservación: "Clases desheredadas por la injusticia de los tiempos, seres encorvados bajo el peso de las negaciones sociales, han surgido de entre escombros y tomado asiento entre nosotros".

Más que un mensaje Belzu lee un panfleto de agitación para sus parciales y de severa advertencia para sus enemigos.

Apunta que las masas populares, que hasta entonces habían permanecido excluidas de toda representación, habían soportado el desprecio de todos los Gobiernos y resultado, invariablemente, víctimas de todos los cambios políticos, hicieron oír su voz y desempeñado "su rol espontáneamente: han sofocado revoluciones

y combatido por el Gobierno constitucional". Propios y extraños estaban seguros de la aparición de un poder político formidable y cuya trascendencia social no podía ponerse en duda. El gobernante estaba convencido de haber contribuido decisivamente al desencadenamiento de una revolución profunda, que "se ha consumado entre nosotros bajo o la influencia de la civilización". La profunda movilización política de las masas despertó como acertadamente apunta Belzu "el terror y prevención de ciertas clases, que todavía pretenden arrogarse el título de privilegiadas". Añade que los humildes se sentían profundamente satisfechos, como "hombres de fe y corazón".

El oficialismo reconocía que la aparición de esa nueva potencia fue señalada por algunas catástrofes; hecho natural si se tiene en cuenta que ninguna revolución se completa sin ellas. Se sentó la tesis de que la sabiduría de los gobiernos podría evitarlas, si ellos mismos lograban ponerse a la cabeza de dichos movimientos; en caso contrario, el torrente rompe diques, se abre paso e inunda sin remedio la sociedad. "Haced, señores, las reformas necesarias por vosotros mismos, si no queréis que el pueblo haga las revoluciones a su modo". Según Belzu, los gobiernos debían actuar como freno de las masas que amenazan desbocarse; no era su misión actuar como instrumento de la plebe, sino como su guía, como el puño fuerte que encauza el imponente torrente. Es esto lo que nunca han querido ver los historiadores.

El caudillo se levanta airado ante la idea "anti-social" de que el bajo pueblo (llama así a las masas artesanas y campesinas) no es susceptible de educarse, de civilizarse y de tomar parte activa en los negocios públicos. "Educadlo e instruirlo; mejorad su condición; dadle lugar en la participación de vuestros derechos, el lugar compatible con los progresos de la época; proporcionadle garantías, trabajo y subsistencia, y nada tendréis después que temer o deplorar. ¡Americanos sed consecuentes con el espíritu de la democracia que invocasteis al proclamar vuestra Independencia!"

Acaso sin darse cuenta, Belzu pone de relieve que la clase dominante fue incapaz de cumplir con la ideología de la Independencia, es decir, con la ideología burguesa.

Dirigiéndose a sus enemigos y a sus partidarios dice que no será con la violencia "ni con un cetro de hierro que se llegará a contener a las masas, sino ganándolas políticamente, haciéndolas participar en el gobierno. "Protegedlas para que os respeten". Aconseja que debe procurarse que la justicia alcance a todos, a lo que llama "establecer el comunismo de la justicia", todo con la finalidad de "prevenir el comunismo político", vale decir, la revolución hecha por las masas con sus propios métodos. Es fácil comprender que constituye un despropósito llamar a Belzu comunista o marxista.

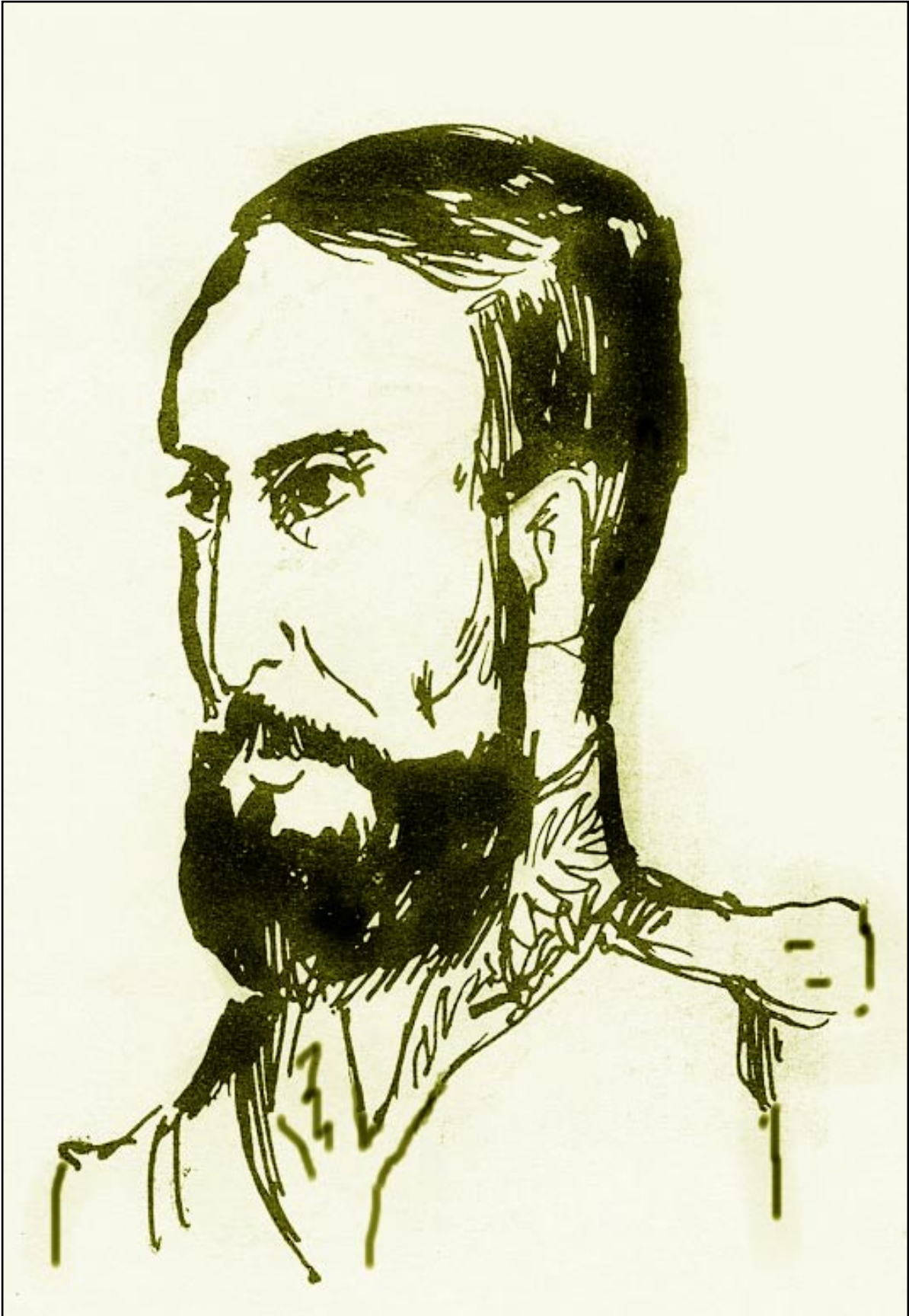
Luego vienen los argumentos destinados a justificarla política popular del Gobierno nacido en la victoria de Yamparaez: los artesanos e indígenas son aptos, "dóciles, sumisos y laboriosos"; no hay razón para que no recorran los diversos grados de la escala social (a esto llamaba civilizar); la riqueza del país promete un porvenir dichoso a las masas, y "sin duda dentro de poco tiempo vendrán a ser propietarios y ciudadanos muy útiles en las masas de nuestra población". Los aspectos más ambiciosos del programa del belcismo no iban más allá de las aspiraciones de la democracia burguesa.

El estadista reiteró su adhesión a los principios cristianos: "Favoreciendo el desarrollo del elemento popular, que ha principiado a ser égida de nuestras instituciones republicanas, levantando de la abyección y abatimiento estas razas limpiamente degradadas; creo, señores, haber obedecido no sólo a una exigencia social, sino también a un precepto sublime del evangelio".

2 LO QUE ERA EL BELCISMO

Lo anterior resume todo un programa y nos permite tener una idea exacta de lo que era el Gobierno Belzu.

Nuestro héroe se inclinó hacia las masas por necesidad; las fluctuaciones políticas le obligaron a abrazar "el partido democrático", como gustan decir nuestros historiadores. No va deliberadamente al lado de los artesanos y de los campesinos, como consecuencia de una lenta y orgánica evolución ideológica; son aquellos los que le salen al paso, como la única posibilidad de estabilización de su gobierno, como la fuerza poderosa y capaz de aplastar a los eternos subvertores. Por este camino tortuoso concluye convirtiéndose en el instrumento de la historia, en el portavoz ocasional de la mayoría nacional. El ídolo



Manuel Isidoro Belzu, Presidente de la República entre 1848-1855. Defensor del proteccionismo

podía movilizar a las masas y llevarlas a donde quisiera.

A pesar del apoyo entusiasta por parte de los desheredados, de su deificación, el "tata Belzu" se sintió decepcionado y cansado del poder. Nos dice que apenas acababa de decretar que Bolivia no reconocía proscrito político alguno, cuando nuevos crímenes y delitos reclamaban la severidad de las leyes. Revoluciones sucesivas, revoluciones en el Sud, revoluciones en el Norte, "revoluciones fomentadas por mis enemigos, encabezadas por mis amigos, combinadas en mi propia morada, surgidas a mi lado... ¡¡¡Dios Santo!!! me condenaron a un estado perpetuo de combate sin duda desigual en que era preciso volver bien por mal, y responder a la perfidia con generosidad y nobleza". Recuerda a los parlamentarios que no deben juzgar a los hombres con esa superficialidad presuntuosa que suele llamarse ciencia de gobierno: "poneos en mi lugar; tomad en cuenta todas mis circunstancias; seguidme por todo los senderos erizados de escollos que he recorrido, cayendo a veces en las redes insidiosas que la depravación política me tendiera, pero levantándome siempre, animado por el soplo de la Providencia, para continuar el viaje y trepar este calvario hasta la cumbre; solamente así podréis juzgarme con imparcialidad. Si combatido por unos, traicionado por otros y mal servido casi por todos, aburrido por la empleomanía y sitiado por la mendicidad, con una vida gastada en los combates, sosteniéndome entre los peligros, la ingratitud y las resistencias, no he alcanzado a realizar cuanto mi corazón ardiente deseaba; mis intenciones - sabedlo- nunca se han desmentido! Ellas fueron, como ya os he dicho, rectas y patrióticas, Soldado sin doblez, lleno de conciencia y de fe, declaro, señores, a la faz de mis enemigos, que nunca he errado con el corazón". Belzu aparece derrotado por la terquedad de los conspiradores de la reacción.

El Presidente parece haber llegado a la conclusión, aunque no lo dice de manera expresa, de que el empuje de las masas artesanas y campesinas llevaba a un callejón sin salida: sus intereses materiales no permitían un rápido progreso económico del país, capaz de estructurar un régimen democrático, limitando los privilegios de los sectores aristocratizantes. Las fuerzas capitalistas que presionaban desde el exterior se ensamblaron con las ambiciones caudillistas de los conspiradores criollos. Belzu soñaba con que todos los explotados se convirtiesen en propietarios (así concebía su liberación) y buenos ciudadanos, en elementos estabilizadores de la vida nacional. La república de pequeños propietarios, cuyo número abrumador tendría la consecuencia de disminuir la virulencia de las contradicciones clasistas, estaba condenada a languidecer bajo el tremendo peso de la técnica colonialista retardataria. Sobre base tan deleznable no se podía esperar un amplio desarrollo de la democracia. Por otro lado, la producción artesanal no abría la posibilidad de que Bolivia saliese de su postración económica, desde el momento en que, para mantenerse como tal, no tenía más camino que condenar al país al aislamiento y a la penuria. Belzu, sobre cuya pasión y energía creadoras no puede haber la menor duda, prueba la imposibilidad de transformar la economía (aunque actúe como dirección política que busque cooperar al crecimiento de las fuerzas productivas) partiendo del artesanado y de la masa campesina, esto porque no eran más que la expresión humana de la Colonia proyectándose sobre la República.

La revolución continental de 1809 fue progresista con referencia al semifeudalismo no solamente porque importó la emancipación de la férula española, sino, y este es el aspecto fundamental, porque abrió las compuertas al desarrollo capitalista. Si no hubo una evolución orgánica en este sentido se debió a que el sacudimiento revolucionario se produjo demasiado tarde, cuando las grandes metrópolis cifraban sus esperanzas de prosperidad en el predominio sobre nuevos mercados y fuentes de materias primas.

Los núcleos más progresistas de la clase dominante confiaban en que una gran masa de capitales venida del exterior podría impulsar la transformación radical del país. La tesis era exacta como ha probado la historia. En esa época el problema no era otro que el de superar la supervivencia de la Colonia por medio de formas productivas y sociales superiores. Desde este punto de vista, que es el único que cuenta en definitiva, la ruptura del atraso solamente podía estar en manos de los sectores feudal-burgueses vinculados con el capitalismo comercial y con los intereses ingleses, y esto porque la estructura misma del país no había permitido el desarrollo del proletariado. Ni duda cabe que el progreso logrado por esa ruta antinacional solamente podía ser parcial y necesariamente tenía que complementarse con la postración del resto de la economía que quedase marginada.

3

GOBIERNO POPULAR, PERO NO REVOLUCIONARIO

El gobierno de Isidoro Belzu ha sido, indiscutiblemente, popular; pero, este rasgo no implica que se hubiese identificado con las fuerzas progresistas. Estas pasaban, desgraciadamente, por

el campo enemigo y, más tarde, se plasmaron políticamente en el partido rojo. Del estudio de los acontecimientos se desprende que el caudillo no tuvo más remedio que defender, a veces hasta con medidas contraproducentes, la producción basada en la técnica colonial, esto porque así creaba y defendía su popularidad. Su fortaleza momentánea le obligaba a identificarse con las fuerzas reaccionarias y anticapitalistas. El régimen popular fue obligado a luchar por el mantenimiento del atraso del país y por la continuación indefinida de su aislamiento.

La derrota de la "democracia" basada en el apoyo del artesanado y de los campesinos estaba decretada. Los gremios, los siervos y los comunarios no tenían la posibilidad de luchar indefinidamente contra el capitalismo y menos de aplastarlo. Esta era una verdad para 1850 y lo es para ahora también. La poderosa presión del capitalismo encontró a sus portavoces, por necesidad, en los conspiradores antibelcistas. Puede ser que éstos no hubiesen llegado, inclusive en su paroxismo opositor, al democratismo puro de un Casimiro Corral; pero, y esto es incontrovertible, estaban expresando la necesidad de que el capitalismo revolucionase la minería, por ejemplo. Por este canal, cierto que tortuoso, lleno de entreguismo, de violencia y de sangre, ingresó Bolivia a la economía mundial, a vivir sus contradicciones y su decadencia.

Deseamos plantear la cuestión de la manera más clara que sea posible. No puede haber la menor duda de que la integración del país dentro de la cadena capitalista mundial, pese a todos los rasgos negativos y odiosos de este proceso, constituía en ese entonces un paso hacia adelante, al precio de la perpetuación de la miseria y del atraso en gran parte del territorio.

Mantener al país dentro de los límites de la pequeña producción era y es una medida reaccionaria. Si esto es evidente, y creemos que nadie puede sostener lo contrario, se tiene que concluir que un movimiento político, aunque arrastre a la mayoría nacional, basado en tal premisa de ninguna manera puede ser considerado revolucionario. ¿En qué época el artesanado encarnó el crecimiento de las fuerzas productivas, fue capaz de transformar la sociedad y remodelarla a su imagen? Únicamente durante el feudalismo. La manufactura, primera etapa del capitalismo, fue ya una negación del taller artesanal.

Hasta el momento los historiadores y los críticos se han ajustado a un esquema único: como Belzu contó con el respaldo entusiasta de las masas de ser considerado como revolucionario y como precursor de todos los movimientos progresistas que han aparecido después.

Para los otros, es decir, para los sirvientes de la burguesía, el vencedor de Yamparaez debe ser catalogado entre los criminales y demagogos. Esta posición esquemática y subjetivista no solamente es falsa, sino que a veces se la plantea de mala fe (24).

Uno de los ejemplos de mayor relieve de la primera posición es la de Carlos Montenegro (25). En "Nacionalismo y Coloniaje" opone, equivocadamente, la posición de Belzu a la proyección colonial. Para sintetizar nuestro criterio diremos que el proteccionismo en ese período fue inconfundiblemente reaccionario, pues buscaba perpetuar al artesanado. Sumarse a las posiciones que en su tiempo adoptó Isidoro Belzu es nada menos que sumarse al colonialismo. Una posición revolucionaria moderna, incluso la del nacionalismo belcoso, no puede limitarse a ser la continuación del belcismo y esto porque debe partir de la existencia física y política del proletariado. El nacionalismo que propugne, de manera velada o no, el retorno a la economía colonialista es, sencillamente, contrarrevolucionario. No es del todo lógico que Carlos Montenegro, precursor del Movimiento Nacionalista Revolucionario, pretenda reivindicar a Belzu, si tomamos en cuenta dónde ha acabado el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

El análisis de Carlos Montenegro se ve enturbiado por su afán de alinear en la misma trinchera a todos los hombres representativos, originando así una tremenda confusión: "Aunque fue enemigo mortal de Ballivián, y adversario personal de Santa Cruz, lo cierto es que Belzu resulta el continuador de ambos por su obra de afirmación nacionalista".

Añade que cuanto hicieron en tal sentido los dos primeros con las armas, "el vencedor de Yamparaez lo hizo en el campo de las luchas civiles. Exaltó la bolivianidad, no la chusma, porque la bolivianidad auténtica se encarnaba en las clases populares antes que en la capa letrada..." No hay por qué alarmarse de que los historiadores llamen chusma al pueblo.

Los párrafos que siguen forman parte de lo esencial del pensamiento del más conspicuo teórico del Movimiento Nacionalista Revolucionario: "De su histórica certeza responde el hecho de que entonces,

igual que en nuestros días, la bolivianidad lucha contra una casta voraz e insaciable que explota la Patria sujetándola a servir extraños intereses. Fácil es, en efecto, para la conciencia pública de hoy día identificar las posiciones del belicismo frente a las de la oligarquía europeísta, como las posiciones que conservan ahora las fuerzas políticas nacionales frente a la política servicial para con el extranjero. La propia historia escrita de Bolivia que anatematiza a Belzu, puede homologar sus términos con los de la prensa contemporánea que execra todo intento de emancipación económica de la Patria. El sentido bolivianista y anti-extranjero del belicismo, hizo en su tiempo lo que podría hacer en el nuestro una administración que desconociera los fueros de la plutocracia imperante sobre el país”.

Se tiene que rechazar por absurda la especie de que Belzu fue marxista o siquiera precursor del “Manifiesto Comunista” o de la “Comuna de París” y tal posición no merece ser discutida (26). Lo que queda en claro es que Belzu fue empujado materialmente a los brazos del pueblo por la élite pensante del país, que tercamente se negó a cooperar con el nuevo Presidente y, más bien, tomó para sí la tarea de hacer estallar motines todos los días. Citamos con preferencia el testimonio de Luis Mariano Guzmán porque fue actor de la historia de esa época.

Sostiene que Belzu no sospechaba ni remotamente los peligros que encubría la victoria de Yamparaez. “Quebrantóse el poder del gobierno del vencedor de Ingavi, que había reclutado sus partidarios en todo lo que había de notable en talentos, ciencias, virtudes, fortuna... Belzu, pues, subía al poder sin partido político alguno que le aconsejase, que crease la política que convenía sustentar y colaborar, sin un consejero experto que le señalase en su camino, los escollos de que estaba cubierto a cada paso” (27).

Belzu buscó con persistencia el apoyo de la élite y fue rechazado, Arguedas añade los siguientes datos:

“En Oruro, y con fecha 10 de febrero (1849), lanzó un Decreto haciendo conocer su primer gabinete formado con personajes de mérito, sin distinción de partidos políticos y atendiendo únicamente a la labor que podrían realizar por su menor resistencia en los pueblos. Nombró como Ministro de Relaciones y del Interior a don Manuel José Asín; de Hacienda a don Tomás Frías, ex-ministro y secretario general de Ballivián; de Guerra al general de brigada don José Gabriel Téllez y de Instrucción Pública al doctor Lucas Mendoza de la Tapia, que desempeñaba desde hacía poco las funciones de Secretario General.

En la invitación dirigida a Frías decía el Presidente:

“Exijo de usted el sacrificio de su sosiego a nombre de la República, de la civilización y de la amistad; y le protesta no escuchar renuncia ni disculpa alguna. Su decidido amigo...”

Frías respondió el 15 de febrero dando razones por las que no le era posible aceptar ese alto cargo, entre otras, las consabidas de su “salud deteriorada” pero, privadamente, y en carta dirigida al caudillo, revelaba con hombría e integridad las razones políticas por las que se negaba a colaborar en su gobierno:

“Por mis antecedentes y comprometimiento, siendo en esta parte esencialmente diversos de los de usted y demás personas que componen el Gobierno, yo sería en él heterogéneo; sería en suma lo mismo que usted caracteriza muy bien en su carta con la expresión de aquellos hombres aciagos. Y aun suponiendo que yo fuera tan favorecido por el público que me indicase para su ministerio, yo perdería este favor desde que me divorciase con mis antecedentes, aquellos mismos antecedentes que usted me cita en términos tan lisonjeros, y por consiguiente deserviría lejos de servir de algo a su administración” (28).

Gutiérrez especula sobre lo que entonces pudo ocurrir en el ánimo del vencedor de Yamparaez:

“Probablemente, el impetuoso caudillo que fue Isidoro Belzu, se recogió a sola con su propia conciencia y le interrogó sobre los recursos posibles para mantenerse en el poder, sin el concurso de la opinión valedera de ese tiempo y en medio de los riesgos de la deslealtad del militarismo, corrompido ya hasta la médula en tan pocos aunque fecundos años de intrigas y sublevaciones. En ese coloquio misterioso del caudillo, debieron responderle su instinto plebeyo y sus inclinaciones aventureras y caudillistas.

“Echaos en brazos del populacho.

“Y la plebe de ese tiempo, que se había educado en las contiendas de la independencia, no conocía el miedo a la otra casta congénere, la casta militar salida de sus propias entrañas.

“Tal consejo no fue obra de la sabiduría, sino brote espontáneo del instinto. Esto no importa desconocer los grados de inteligencia que Belzu poseía y que le ayudaron a mantenerse en el poder en condiciones tales de firmeza que solo el hastío y el cansancio debían determinarle a alejarse de él...”

Belzu, aunque caudillo de muchos quilates, no era el ideólogo de las masas y filosóficamente no estaba a la vanguardia de los hombres de su tiempo. Son múltiples las muestras de su leal adhesión al catolicismo y una de las pruebas se tiene en que no permitió que los privilegios de la clerecía en el campo de la enseñanza fuesen tocados. El hombre de avanzada de ese tiempo no podía menos que ser un materialista y ateo consecuente. Sus propios antecedentes confirman lo que venimos diciendo: las especulaciones de Alfredo Sanjinés sobre su marxismo carecen de fundamento. Ascarrunz nos proporciona los siguientes datos de su biografía:

El general Belzu, de humilde cuna, nació en La Paz el 14 de abril de 1808 (habiendo muerto el 27 de marzo de 1865). Niño aún se acogió como lego o muchacho del Convento Franciscano de esta ciudad, y allá los frailes le enseñaron las primeras letras. Apenas de 13 años se escapó un día y fuese a dar de alta al ejército de los patriotas en vísperas de la batalla de Zepita. En seguida se le ve sirviendo en un batallón colombiano y luego en el ejército peruano, donde le tocó ser ayudante del general Agustín Gamarra... y muy pronto le hallamos incorporado al Batallón 1º de Bolivia gracias a la influencia de Ballivián (su encarnizado enemigo más tarde) fue destinado al Batallón 3º que se hallaba en Tarifa. En esa ciudad conoció a doña Juana Manuela Gorriti, distinguida señorita argentina, culta y talentosa, con quien contrajo matrimonio y del que tuvo sus dos hijas doña Edelmira y doña Mercedes.

Tomó parte en las campañas de la Confederación, habiéndose portado con tanta valentía en Yungay, que el mismo Santa Cruz lo llamó bravo entre los bravos. Con Ballivián eran amigos muy íntimos y a éste cooperó en Ingavi con el más brillante comportamiento, pues selló el triunfo con su batallón que estaba de reserva; Ballivián lo ascendió por este hecho a coronel... Belzu logró internarse al país, y fue recibido en La Paz en medio de ovaciones, fue proclamado General por el pueblo de su nacimiento; peleó con las tropas que comandaba, se puso al servicio del general Velasco, quien lo nombró Ministro de la Guerra. Estos dos hombres que juntos combatían a Ballivián, llegaron a ponerse bien pronto el uno contra el otro.

4 EL RADICALISMO DE BELZU

Obligado a apoyarse exclusivamente en las masas optó por el fácil camino de halagarlas e incitarlas a la lucha. Esta es la explicación de su radicalismo y todos los intentos de justificar esa posición en función de las diversas escuelas socialistas no resisten el menor análisis. Rodríguez, el saintsimoniano, había dejado alguna huella en el país, pero sus enseñanzas parecen no haber llegado hasta Belzu.

En un comienzo el nuevo Presidente se movió con mucha cautela, procurando siempre ganar la confianza de ballivianistas, “restauradores”, etc. Con tal fin decretó la prohibición de que las publicaciones periódicas “atacasen la vida privada o los antecedentes de los personajes que habían figurado en la pasada administración” (Cortés). Su primer programa era esencialmente liberal y ofrecía el respeto irrestricto a las garantías democráticas. Deseaba el caudillo hacer conocer los principios en que pensaba inspirarse para responder a la confianza de sus conciudadanos, pues la nación, en su concepto, estaba saliendo de una época de calamidades y humillaciones para entrar en otra “de reparación; de progreso y de gloria...” La República había fluctuado hasta entonces “bajo un sistema de fraude y descarada decepción, propio tan sólo de medianías impotentes...” Casi medio siglo de existencia contaba ya la nación del todo perdida en ensayos “perniciosos y estériles”. Ahora era preciso “conquistar la estabilidad”, y para ello urgía llevar a la práctica las bellas teorías hasta entonces vanamente invocadas. “De hoy en adelante, proseguía, ya no habrá persecuciones. Cada ciudadano, cada miembro de la gran familia goza de los derechos civiles, sin otra sujeción que las de las leyes comunes... La causa popular pertenece a todos, sin distinción de secta ni bandera”.

Luego formuló el siguiente programa de gobierno:

“1.- Que me hago garante de las Instituciones Constitucionales de la República, tales como se encuentran establecidas en la liberal Constitución de 1839-29, proclamada por los pueblos.

"2.- Que para hacer efectiva esta solemne garantía, acepté desde luego los poderes extraordinarios que los pueblos, en su noble entusiasmo, me confirieron, suspendiendo, momentáneamente, el ejercicio de los Altos Poderes Constitucionales.

"3.- Que esta suspensión durará tan sólo los días estrictamente necesarios para establecer el orden, acallar las pasiones y preparar el libre ejercicio de aquellos mismos poderes.

"4.- Que adoptaré por divisa la más completa publicidad, y, por único juez la conciencia del pueblo.

"5.- Que a ningún ciudadano se le perseguirá por sus opiniones anteriores, ni se le privará de sus empleos u honores, sino bajo los trámites prescritos por la ley..."

Sólo más tarde, cuando las masas ganan las calles para aplastar a los conspiradores, Belzu pronuncia sus temibles arengas. Lo que a continuación va a leerse ha sido tomado de Cortés, cuyo testimonio, sin embargo, debe siempre ponerse en tela de juicio, pues, como alguien ya ha dicho, parece haber escrito su historia sólo para denigrar a Belzu:

"En La Paz el pueblo dispersó al batallón Carabineros, que se había movido, instigado por los generales Mariano Ballivián y Juan José Prudencio. El saqueo de las casas pertenecientes a los adictos de Ballivián continuó dos días (12 y 13 de marzo de 1849), autorizado por Belzu... En Cochabamba la guarnición, compuesta de un regimiento y los inválidos, mató al coronel don Juan Laffaye que se había sublevado: la plebe saqueó algunas casas y almacenes, y se entregó a excesos que el general Gonzalo Lanza, jefe de la reacción, pudo, y no quiso evitar..."

"...Entre tanto, irritado Belzu con la perfidia de los ballivianistas, se dirigió a Cochabamba, donde halagó a la plebe que había saqueado varias casas: al arrojarle una fuerte suma de dinero, dijo estas literales palabras: "cholos, mientras vosotros sois las víctimas del hambre y de la miseria, vuestros opresores, que se llaman caballeros, y que explotan vuestro trabajo, viven en la opulencia. Sabed que todo lo que tenéis a la vista os pertenece, porque es el fruto de vuestras fatigas. La riqueza de los que se dicen nobles, es un robo que se os ha hecho"... No era Belzu el único que autorizaba los ataques al derecho de propiedad. Solicitada la indemnización de algunos saqueos, se opuso a ella en las cámaras de 1850 el Ministro de Hacienda, don Rafael Bustillo, expresando que aquellos habían sido actos de la imparcial justicia del pueblo..."

Luis S. Crespo cuenta que, después de aplastada la rebelión ballivianista de marzo de 1849 y cuando una imponente masa humana lo recibió en la ciudad de La Paz, Belzu pronunció la siguiente catilinaria:

"Camaradas: un turba insensata de aristócratas ha venido a ser árbitro de vuestras riquezas y de vuestros destinos; os explotan sin cesar y no echáis de ver; os trasquilan día y noche, y no sentís; monstruosas fortunas acumulan con vuestra sangre y no advertís. Se reparten las tierras, los honores, los empleos, las dignidades, dejándoos tan sólo la miseria, la ignominia, el trabajo, y guardáis silencio. ¿Hasta cuándo dormiréis así? Despertad pues de una vez ha sonado ya la hora en que debéis pedir a la aristocracia sus títulos y a la propiedad privada sus fundamentos.

"¿No sois iguales a los demás bolivianos? Esta igualdad ¿no es el forzoso resultado de la unidad del género humano? ¿Por qué solamente a ellos se les suministra las condiciones de desarrollo material, intelectual y moral, y no a vosotros? ¿Por qué ellos tan sólo disfrutaban de tan pingües heredades, de vajillas de plata, de casas, de granjas o chacarillas, y no vosotros?

"Compañeros: la propiedad privada es la fuente principal de la mayor parte de los delitos y crímenes en Bolivia; es la causa de esa lucha permanente entre los bolivianos, es el principio del actual egoísmo dominante, de aquel egoísmo eternamente condenado por la moral universal. No más propiedad, no más propietarios, no más herencias; ¡abajo los aristócratas! La tierra sea para todos; ¡basta de explotación del hombre por el hombre! ¿Qué razón hay para que los ballivianistas no más ocupen elevadas funciones sociales? ¿No sois vosotros también bolivianos?; No habéis nacido bajo el mismo suelo privilegiado que ellos?

"Amigos: la propiedad, en expresión de un gran filósofo, es la explotación del débil por el fuerte. La propiedad tiene por base fundamental el acaso... Hacedos pues justicia por vuestras propias manos, ya

que la injusticia de los hombres y de los tiempos os la niegan" (30).

Es innegable que Sotomayor Valdez exagera al sostener que "Belzu entronizó la tiranía del populacho". "La tendencia plebeya de la política gubernamental", obligó aglutinarse en la oposición a los privilegiados y a los elementos que gustaban llamarse cultos, los mismos que "iniciaron en marzo de 1850 la serie de revoluciones que debían inducir al Presidente, después de siete años de campaña, a renunciar su cargo". Las masas populares con el apasionamiento que les caracteriza, identificaron al gobierno con la posibilidad de realización de sus aspiraciones y a Belzu lo elevaron como a su ídolo indiscutido. Los "cholos" demostraron estar siempre dispuestos a defender espontáneamente a "su" gobierno.

"En el curso de seis u ocho meses, se erigió en sistema político "la pacificación", esto es, el desborde brutal y sanguinario de las masas, fomentado por el gobierno y justificado con sofismas en el parlamento" (31).

Los gobiernos populares tienen el privilegio de recurrir a las masas para imponer la "pacificación" (los que no lo son encomiendan esa tarea a su ejército y a su policía). Este método implica la violencia y la crueldad contra los privilegiados. Por otra parte, la "pacificación" que ejercitan los gobiernos feudales u oligárquicos no es otra cosa que el aplastamiento de las mayorías populares mediante el terror. Como se ve, los dos extremos del problema no pueden ser confundidos, media entre ellos la diferenciación clasista. Desde el punto de vista de los intereses de los sectores mayoritarios de la sociedad, la primera modalidad de pacificación citada, pese a sus excesos, se justifica plenamente.

Ignacio Prudencio Bustillo, inteligentísimo buceador de la sociología de un pueblo más que de la psicología de los héroes, estuvo imposibilitado para comprender el abismo que separa al "matón" al servicio de la oligarquía, envilecido por la paga y la deslealtad, del hijo del pueblo que lucha apasionadamente en defensa del orden constituido, en la creencia de que así defiende los intereses de su propia clase. La interpretación mecanicista de la historia conduce al escritor a una posición francamente reaccionaria: "El matón es el hijo del pueblo bajo y engreído que Belzu, con fecundo acierto para el mal, elevó al gobierno... De ahí que, a nuestro parecer, no le daremos muerte sino cuando el adelanto cultural sea efectivo y cuando las clases burguesas, saliendo de su antipatriótica prescindencia, tomen una participación activa en nuestra política".

Belzu bien pronto se dio cuenta de que era preciso dirigir y controlar a las masas; de mejorar paulatina y sistemáticamente sus condiciones de vida y de trabajo para evitar futuras explosiones sociales. En el mensaje que hemos citado más arriba se lee una frase clave: "Protegedlas para que os respeten. Estableced el camino de la justicia, para evitar el comunismo político". Nos parece que esta es la primera vez que un gobernante habló de comunismo. Justicia para todos (una variante de la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la razón) para evitar que la mayoría desencadene un cataclismo. En las palabras del Presidente no solamente había amenaza sino un profundo y reconcentrado miedo y desconfianza de la capacidad explosiva de los oprimidos. Los hechos se habían encargado de demostrar de lo que eran capaces.

Mucho se ha hablado de que problemas de alcoba habrían obligado a Belzu a luchar encarnizadamente contra el aristócrata Ballivián. Puede esto ser completamente cierto, por lo menos en gran medida; pero, el caudillo de la plebe, de una u otra manera, se convirtió en el portavoz de las fuerzas elementales que chocaban, en batalla descomunal, contra los intentos de internacionalizar a la hasta entonces aislada Bolivia.

Más tarde Belzu pareció haberse arrepentido de su radicalismo plebeyo. Desde Frankfort, el 15 de octubre de 1858, escribió a uno de sus amigos políticos lo que va a leerse: "La experiencia me ha demostrado más de una vez, que los enemigos de la administración pública, son por lo regular los que se han quedado a la zaga; los que no participan de los goces que una colocación cualquiera proporciona. Si el gobierno Linares les hubiera confiado algún destino lucrativo justificándoles, por descontado, sus pasados extravíos, ciertamente habrían estado incensando al poder, y frecuentando noche y día su palacio..."

"No trato de abogar por las dictaduras. Pero si se hacen necesarias, locura sería vituperarlas... Si el Gobierno Linares ha apelado a este único medio a que yo mismo apelé más de una vez, haciendo lo que en semejantes casos hacían los romanos; esto es, echando un velo a la imagen de la ley, es porque el

Gobierno Linares no cree de su deber reponer las cosas en la situación en que antes de la revolución estaban...”

“Nada me pesa más, ni de nada más me arrepiento, que el de haber sacado a todos ellos del polvo de la nada... No quiero recordar escenas que me avergüenzan, sucesos que hondamente afectan mi alma...”

“También he leído el periódico ‘La Patria’, tribuna de difamación. Es inconcebible que mi hermano haya autorizado con su silencio estampar en él mi nombre, como emblema del robo y del saqueo...”

“Si hoy de algo me pesa, es de no haber castigado severamente a los que en mi obsequio dieron en las funestas jornadas de marzo el triste ejemplo de tan execrable espectáculo contra la propiedad individual...”

Nótese que en la carta se percibe la adhesión del caudillo al aristócrata Linares.

En 1864, Belzu volvió a lanzar su candidatura a la Presidencia y sus agentes electorales aseguraban que sus ideas políticas eran muy diferentes a las que sustentara en 1848 (Arguedas, “La dictadura y la anarquía”).

Por suerte la muerte trágica de Belzu nos ha evitado el triste espectáculo de ver borrado desde el Palacio de Gobierno todo su atrevimiento plebeyo de la primera época. Sin embargo, Narciso Campero, que conversó con Belzu en Arica, informa que el caudillo a su retorno de Europa permanecía fiel a sus ideas igualitarias.

(21). Alberto Gutiérrez, “El Melgarejismo antes y después de Melgarejo”, La Paz, 1916.

(22). Alcibíades Guzmán, “Libertad o despotismo en Bolivia. El antimelgarejismo después de Melgarejo”, La Paz, 1918.

(23). “Mensaje que el Presidente Constitucional de la República Boliviana presenta, al terminar su período, a las cámaras legislativas”, Sucre, 1855.

(24). Alfredo Sanjinés, “El Quijote mestizo”, La Paz, 1951.

(25). Carlos Montenegro, “Nacionalismo y Coloniaje. su expresión histórica en la prensa de Bolivia”, La Paz, 1943.

(26). Fausto Reinaga, “Belzu”, La Paz, 1953.

(27). Luis M. Guzmán, “Historia de Bolivia”, Cochabamba, 1883.

(28). Alcides Arguedas, “La plebe en acción”, en Obras Completas.

(29). La Constitución de 1839 fue la obra del “restaurador” Velasco. Era necesario reconstituir el país, después de diez años de dominio del general Santa Cruz y las transformaciones que había sufrido su Constitución Política, durante el Protectorado. Con fecha 26 de octubre de 1839, sancionó la Asamblea la cuarta Constitución de la República.

“Sus rasgos más importantes han sido: la abolición de la pena capital por delitos políticos, la de los tribunales especiales, la creación de las municipalidades, el derecho de petición y la prohibición de recibir los diputados empleos rentados del Gobierno” (Manuel Ordoñez Lopez y Luis S. Crespo, “Bosquejo de la historia de Bolivia”, La Paz, 1912).

(30). Luis S. Crespo, “Monografía de La Paz”, en el “Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz”.

(31). Ignacio Prudencio Bustillo, “La vida y la obra de Aniceto Arce”, Buenos Aires, 1951.